Nostalgia y Presente

Javier Julián Enríquez

Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

A mi querida familia, mis amigos, amigas, compañeros, compañeras de facultad, de trabajo quienes siempre han estado a mi lado en los momentos más difíciles. Este libro es un pequeño recordatorio de cuánto valoro nuestra amistad.

Agradecimiento

Agradezco a toda mi familia, en especial a mi madre, Esperanza, por su guía y ayuda durante toda mi vida, a los profesores por su invaluable formación y colaboración, en especial a María José L.

Sobre el autor

Javier Julián Enríquez, Universidad Politécnica de Valencia
Alumno titulado de Máster Universitario en Lenguas y Tecnología, Universidad Politécnica de Valencia.
Departamento de Lingüística Aplicada.

índice

Olvido de la literatura Barroca Hispana (Siglo de Oro-XVII)

Paisaje en muerte de Lorca

Lorca: muerte de un poeta

Decadencia de la Democracia

El totalitarismo del comercio global

Sin poesía no hay vida

Experiencia y desengaño

La irreversibilidad de la vida humana

La vida simple y retirada

Literatura, libertad y censura

La juventud frente a la inepta Política

La batalla en el ruedo

El tiempo fugaz

Política y tiranía

El eco del lamento en la penumbra

Amor eterno

El reflejo del amor en la serenidad del mar

Anhelo y realidad

Razón y barbarie

Renacer en medio del abismo

La senda del conocimiento

Fuego de amor bajo la lluvia

Soliloquio en la soledad

El inexorable designio del destino

Elegía crepuscular de la sublimación espiritual

Espejo del intelecto supremo

Olvido de la literatura Barroca Hispana (Siglo de Oro-XVII)

Ayer higuera blanca, hoy savia muerta,
ayer brotabas, hoy agonizas envuelta
de recuerdos mudos y brisas.
Ayer montaña blanca, hoy árida loma
fragosa de fácil llano para el villano,
al cóncavo ajustando de los cielos,
al declinar el sol entre nubes ocultas.
Ya nadie conoce de púrpura tus versos,
y hueco cede al alcornoque inculto
tu insigne conocimiento culto,
al fin, al más ignorante del plomo
fulminante del acero que lo engasta.
Y mientras dulce este tu muerte anuncia,
¡cuán presto en piélagos de mares ignorado
y montes lejanos tu insigne conocimiento,
en el misterio de la niebla y el olvido!
Como ayer aramos y sembramos, hoy recogemos:
ayer aramos un alterado mar,
sembramos una estéril arena,
hoy recogemos nublados y tempestad.
Ayer una torre fabricamos, del viento en la vanidad,
mayor que la de Babel, y de confusión igual.
Ayer gloria llamábamos a la pena,
a la tiranía, libertad, miel dulce al amargo acíbar,
principio al fin, bien al mal.
Hoy sólo nos queda: agonía, agonía,
sueño, espejismo y sueño.
Si la oscura tierra se traga la ciencia ignorada,
¿qué espera el ser humano luces en la oscuridad?
¡Camine por los antiguos senderos el ser humano,
que el paraíso perdido ha de buscar,
que nuevas sendas en la literatura ha de hallar!
Donde culta rima y bella

un lecho abriga y mil dulzuras cela.

Paisaje en muerte de Lorca

Sueños de un poeta son errante
cuantos al cielo dicta versos la luna negra:
con honda tristeza
marchitos unos, otros helados.
¡Ya sólo se escucha el débil ruido de los astros
y el respirar de las montañas!
¡Solo el cielo se queda!
¡Oh alma!, que por sendas impenetrables te esfumas,
¡oh tú, que, de dardos impedida
-cipreses helados, ríos de llanto y sangre-,
surcas los mares que, de olas armados,
gigantes de cristal las teme el cielo;
donde rayos grises, desde cauce oculto,
espinas te coronan, que-al flujo de azul lleno,
afiladas, gimiendo sueños agudos-
se clavan sobre tu sombrío cuerpo!
¡Oh alma!, que de espinas tu cuerpo acribillado
ascienda sobre las olas de la penumbra de ese cauce,
y, despejados los mantos de la niebla de otoño
sobre las floraciones en tu sueño,
coja de las estrellas los sonidos, cristales y el fuego
que, desde el cielo profundo,
a esos lobos de penumbra puñales claven,
e irradien con luz blanca
tu sombrío cuerpo.
Libere suave, absurdo tormento
alma, de tinieblas profundas:
que, a tu cuerpo muerto en el agua,
cubierto de claveles y de nostalgias,
su remanso dormido dará dulce reflejo,
cuando el vendaval ronco no su trompa al viento;
que, a tu figura de pálidos azufres cubierta,
de lágrimas de nieve empapada,

su hedor desprenderá dulce jazmín blanco,
cuando el cielo oscuro no su furia al rayo;
que, a tu forma antes de ruiseñores, clara,
de agujeros sin fondo, ahora,
su canto melodioso atraerá dulce diluvio,
cuando el oscuro minotauro no su figura al cuerpo;
que, a tu sábana en el lecho blanca,
de azucenas adornada,
su lienzo plegará dulce descanso,
cuando el sudario no su arruga al rostro;
que, a tu cuerpo atado con las riendas quebradas,
delante de la indigna piedra,
su fragoso tallado enseñará dulce llano,
cuando el tenebroso sendero no su salida al villano;
que, a tu llanto como un río sin orillas,
de apacible niebla,
su rocío condensará dulce cristalino,
cuando el aliento de fuego no su brisa roja al carbunclo;
que, a tu alma aun a pesar de las tinieblas, bella,
aun a pesar de las malezas blancas, clara,
su humo congelado inmortalizará dulce sueño,
cuando Vulcano no su ceniza desatada al cielo.
¡Apresura entre espinas crepúsculos pisando!
¡Vuela entre ondas plomos rojizos esquivando,
y reposa en las estrellas!

Lorca: muerte de un poeta

Que al reo de niebla espesa
protejan estrellas blancas,
bien puede ser:
su cuerpo fundiéndose
con la aurora;
mas que apuntando
el verdugo está,
quiera que el crepúsculo vespertino
de rayos púrpura al reo cubra,
bien puede ser:
sus manos fundiéndose
con la turbia penumbra.
Que se llene el paisaje
con lluvia oscura,
de luceros fríos,
bien puede ser:
el horizonte fundiéndose
con la distancia muerta;
mas que no irradie
un torrente de luceros cálidos,
por un verdugo que la noche guarda,
bien puede ser:
el horizonte solamente fundiéndose
con las hojas.
Que la noche negra
no tiña de sangre las riberas,
pálidas de sus recuerdos,
bien puede ser:
su cuerpo fundiéndose
con golondrina cual vuela;
mas que el verdugo no sepa
donde el ancho crepúsculo empieza,
bien puede ser:

las floraciones de rocío fundiéndose
con su ansia.
Que no se asome la luna, arrugada,
con su absurdo cortejo de ilusiones remotas,
bien puede ser:
la noche turbia fundiéndose
con el rumor de las hojas quietas;
mas que no estén los cauces secos,
ni los árboles mustios,
bien puede ser:
la niebla del misterio estremecedora fundiéndose
con la montaña.
Que anochezca el día gris del sueño
y que amanezca risueño,
bien puede ser:
las armas de arsénico y humo fundiéndose
con la luz y escarcha;
mas que reine el sudor de nieve
que es de azucenas y no sangre,
bien puede ser:
su blanca alma fundiéndose
con el cristal que la cubra de plata.
Que ya no, decid a los ángeles que vengan,
que sus recuerdos se queman,
no puede ser:
la luna fundiéndose
ya con óxido y níquel de casi muerte y casi piedra;
mas que la estrella de luz marchitada
no diga que fue blanca,
no puede ser:
las estrellas invisibles fundiéndose
ya con un halo de sombra y de nostalgia.
Que olvide el negro secreto de la noche
cual hojas trémulas de ocaso el amanecer,
no puede ser:
la oscura tierra fundiéndose

ya con su sangre abierta;
mas que se levante la niebla del misterio
sin que se estremezca su hermoso cuerpo,
no puede ser:
la brisa helada fundiéndose
ya con el chorro de luz que ilumina su cuerpo de escarcha.
Que el faro apagado
oculte su rostro quebrado,
no puede ser:
su corazón en llamas fundiéndose
ya con las armas asesinas que apuntan a su cabeza;
mas que de sus ojos
no broten claveles sangrientos,
no puede ser:
los últimos pálpitos de tiniebla fundiéndose
ya con su corazón sin esperanza.
Que rosas y mirtos de luna
iluminen más que la luz difusa,
no puede ser:
su cuerpo derrumbado fundiéndose
ya con un charco de agonía;
mas que un rayo de aurora
como un arcángel renazca...
¡Ya no puede ser!
¡Ay que la muerte le espera!
¡Ay que ya duerme sin fin!
¡Adiós para siempre!
¡Que no puede ser!
¡Que no! ¡Que no!

Decadencia de la Democracia

Trivial árbol de cuyos ramos
desafortunados las castas
corruptas quinas Reales son,
en sangre teñidas de fieles
y fidedignos ciudadanos.
Como las sublimes banales
túnicas enhiestas corroes,
como los excelsos triviales
blasones letales afliges.
Ni distinguir sabes apenas,
repitiendo confusa sabes
lo que tímida excusa oyes.
Con libertad tan disonante
blandes tu corrupta memoria,
desatas sembrando discordia,
de colores prolijos vanos.

El totalitarismo del comercio global

Ninfa de la cual los lucientes
corales, el capitalismo
rudos troncos de mis umbrales.
Nado en un piélago de nudos
hacia el abismo del Estado,
donde implacable la guadaña
blancas primero ramas siega,
rojas después ramas marchita.
El Mercado nace en sus ondas,
y en sus ondas muere el Estado.

Sin poesía no hay vida

La más hermosa poesía
de nuestro lugar,
hoy sin armonía y sola,
ayer con conciencia racional,
viendo que sus versos
a la tumba van,
a su soledad dice,
que escucha su mal:
¡déjame!
bajo la luz de la luna,
bajo las estrellas del cielo profundo,
el amanecer buscar
y los valles de luz encontrar,
¡soledad!
Pues me diste, soledad,
en tan tierna edad
tan corta la felicidad,
tan larga la desolación,
y me cautivaste
de quien hoy se va
y lleva las claves
de mi entidad:
¡déjame!
bajo la luz de la luna,
bajo las estrellas del cielo profundo,
el amanecer buscar
y los valles de luz encontrar,
¡soledad!
En esperanzador amanecer
conviertan mis versos, de hoy más,
el tortuoso camino
de la oscura soledad,
pues que no se pueden

mejor ocupar,
yéndose a la tumba
quien era mi amistad:
¡déjame!
bajo la luz de la luna,
bajo las estrellas del cielo profundo,
el amanecer buscar
y los valles de luz encontrar,
¡soledad!
No frenes mi luminoso y claro caminar
ni me quieras marchitar, oscura soledad;
que lo uno es un tormento,
lo otro es sufrimiento.
Si me queréis bien no me hagáis mal;
harto peor fuera morir y callar:
¡déjame!
bajo la luz de la luna,
bajo las estrellas del cielo profundo,
el amanecer buscar
y los valles de luz encontrar,
¡soledad!
Triste, sombría, soledad,
¿Quién no llorará
aunque tenga el corazón
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más maduros años
de mi conciencia racional?
¡déjame!
bajo la luz de la luna,
bajo las estrellas del cielo profundo,
el amanecer buscar
y los valles de luz encontrar,
¡soledad!
Váyanse las noches de tiniebla,

pues ido se han
sus ojos que hacían
los míos pálida niebla ocultar;
váyanse y no vean,
con sauces en las barreras,
tanta soledad,
después de que en mis fríos poemas
sobra la mitad:
¡déjame!
bajo la luz de la luna,
bajo las estrellas del cielo profundo,
el amanecer buscar
y los valles de luz encontrar,
¡soledad!

Experiencia y desengaño

Audaz mi pensamiento el Cenit
escaló, de plumas vestido,
cuyo vuelo audaz y atrevido,
si no ha dado su ilustre nombre
a tus espumas, los anales
diáfanos del viento, mi timón
y las alas de mi osadía
se borrarán en tus arenas.
Experiencia a quien la realidad
fio tal desengaño dejando
mis cadenas, que prisión fueron
de mis culpas y desdenes, fin
a mi duro destierro selle.
Breves combates, de importuna
guerra, cuanto han impreso firmes
en tus arenas, de los vientos
a pesar, mis cadenas sellen.
La experiencia ahora, donde halla
voz que es acero, desengaño
de cristalina pura fuente es.

La irreversibilidad de la vida humana

Destino, sumo piadoso
árbitro y hado de mi vida,
estos lamentos míos graves,
lágrimas suaves y dolientes,
de aire articulado, son voces
de sangre, y sangre del alma.
Cuando hacia atrás andado miro
mi camino, ningún camino
trazado previamente existe,
son huellas de mi vida errante,
en una tabla poco fuerte
de la bebida agonía, que
quiso ser en aquel extremo
ella el forzado y su guadaña
el remo, barco de la muerte.
Moderando los extremos de
fausto y miseria, de mi breve
islote lo más agradable
que se determina, ocupa
su fortuna y mi humilde albergue.
Tampoco vida cortesana
dominada por la lujuria,
en fingida gruta de jardín
oculto, quisiera en mi vida,
lluvia improvisa de cristales
inciertos, de aparente seña.

La vida simple y retirada

¿Cuánto desprecio desdeñado?
en dignidad constituido,
tan insolente mi castigo
con llanto casi inadvertido
tan osado acusa mi vida.
¿Cuándo seré feliz y fausto?
Si el ser humano yace flaco
y la ambición se vierte fuerte,
caudal que en vanos desengaños.
Una prudente medianía
entre la opulencia y pobreza
como una esmeralda bruta,
engastada siempre en mármol
undoso en mi vida quisiera,
en mar ondulado incrustada;
con canas no peinadas con Boj
dentado o con rayas espina,
sino con reales desengaños,
de purpúreas conchas no istriadas.

Literatura, libertad y censura

Libres mis versos, paz serena,
desdén la censura desata,
de su temor y sombras llena.
Cuando de tus censuras vanas
haces tus rugosas veneras,
más mi conocimiento argenta.
Ya bien sea mediante el hacha
del verdugo o la muerte en guerra,
y de esperanza burladora
y ciega, más literatura
de su propio alimento salud
es combativa y dialéctica.
Y como el que divertido el mar
libertad navega y afrenta,
los siglos que en sus hojas cuenta
un roble, árbol sordo cuenta
al lino cual vanas cenizas,
tronco ciego, absurda censura.

La juventud frente a la inepta Política

Con prolija lentitud vana,
negra de cuervas suma, ruda,
breve al gusto escondes lisonja,
te detienes en tu soberbia
misma, inepta Política.
Ya tarde arrepentida e incierta,
el humano derecho apenas,
y el divino los interpretas,
los ofendes con graves cargas.
Juventud valerosa, capaz,
contra el viento en desigual lucha,
muros de piedra y rocas alza.
Así la juventud cansada,
por la agreste, fragosa cuerda
del camino, forjadas treguas
son duras cuerdas de las negras
guijas en lucientes clavijas
de marfil, merced de la dureza,
que su duro camino ha forjado.

La batalla en el ruedo

Muros desmantelando pues de escarpas,
a duro toro, aun contra el viento armado,
el ruedo escalar pretendiendo en vano,
el error borrar deseando su atajo;

a pesar pues del tormento que lo ahoga,
en ríos de agua y sangre desatada,
en el silencio que turba su gemido,
el toro la justicia ciega afronta.

Del fuego de su sol, en que se abrasa,
las señas duras de la espada hielan
su corazón ya de nieve y escarcha;

¡ay¡, al igual que el toro el ser humano
en el ruedo, el relámpago y el trueno
sordo y ciego, el sufrimiento y las parcas.

El tiempo fugaz

Por mi senda navego y persevero,
y cual trémula brisa del mar suave,
que surca sin dejar rastro o sendero,
batiendo en duelo su fuego me hiere;

agua azul con pies veloces pisando,
breve el tiempo remo a contracorriente,
y no hallo cosa en que poner mis ojos,
que no sean mis recuerdos fugaces.

¡Ay! el tiempo de mocedad, altivo
anhelo, que con sombras su luz hurtó
al día, memoria de mi castigo;

¡Ay! aunque llega el tiempo presuroso,
será que a ti te restituya razón,
y que no lo frenen tus menoscabos.

Política y tiranía

Fuego de la estigia deidad la ira
condenas desata en los desgraciados
hijos del infortunio, larga sombra
de la Justicia, roble endurecido;

con nuevas dignidades que le abona,
lisonjas a la Política al gusto
de prisión absuelve injusticia extrema,
rayo para los hijos del infortunio.

Deidad bendita, triunfos se corona
por grandes agravios la Política,
no del cielo majestad soberana;

así el pueblo soberano justicia
reclama por aleves injusticias,
Política sin luz, siempre ciega.

El eco del lamento en la penumbra

Mas, en tu sombra, el eco del lamento,
persiste en mi memoria, aún latente,
y aunque el amor transforme cual ungüento,
la herida en mí sigue persistente.

que el viento, en su soplido, no se apiada,
de las memorias tristes, las fragancias,
y en medio de tu sombra, la jornada,
se torna en duelo, en largas danzas.

Mas hoy, en tu penumbra, el sufrimiento
se torna en un recuerdo del pasado,
y en paz me encuentro, al fin, reconciliado;

así, tu ser se vuelve un fuerte canto,
un árbol que, en su esencia, se haga eterno,
y el alma encuentre paz tras largo invierno.

Amor eterno

Mas no es vano el amor que en vida ardió,
en las sombras, su llama no se apaga,
pues aún tras la muerte su fulgor vio,
y en los versos del alma se propaga;

emerge en cada estrella, en cada río,
susurra en las hojas con dulzura,
es testigo de un sentimiento pío,
que en la distancia halla su ternura.

Y aunque el tiempo intente así borrarlo,
perdura con la fuerza de su esencia,
como un lazo que no puede cortarlo;

el amor, en su mágica presencia,
se niega a la muerte resignarlo,
es eterno, sublime en su ausencia.

El reflejo del amor en la serenidad del mar

En la quietud hallé mi fiel deseo,
en cada ola un susurro de esperanza,
pues del mar la calma, mi mente lanza,
suspiros que en el viento ya poseo;

mas si el sereno mar en su hermosura,
guarda el reflejo fiel que me enamora,
no habrá en el mundo joya que mi aurora,
traiga el consuelo de esta noche oscura.

A la luna mi canto, peregrina,
mis versos entrelazan la fortuna,
bajo su luz mi pluma se ilumina;

y así, el amor, que el alma cristalina,
eleva con su brillo de ninguna,
me guía a la razón que me destina.

Anhelo y realidad

Yace el amor en lo que fue promesa,
en el silencio eterno de los huesos,
que guardan los suspiros y los rezos,
y en la fría lágrima que besa;

el eco de tu voz se va apagando,
como el ocaso que se torna oscuro,
y en mi pecho, de luto, quedo puro,
con el dolor que sigue martillando.

Así mi alma, con la sombra juega,
en el vacío de esta soledad,
donde el recuerdo, su puñal despliega;

no hay consuelo en la dura realidad,
sino en la hiel que mi corazón riega,
y en la penumbra, lloro tu verdad.

Razón y barbarie

La savia del saber, cual árbol viejo,
renueva sus raíces con grandeza,
y en su tronco se asienta la conciencia,
fruto de mentes libres y su espejo;

así, la ciencia y arte en su belleza
conserva el saber viejo y el creando,
como el faro que guía navegando
nunca sus luces ni su fe doblega.

No con odio fiero, ni con espadas,
sino con verbo, astucia y fortaleza,
enfrenta el mar de dudas con destreza;

que la sabiduría, en su nobleza,
es el arma más fuerte en la batalla,
donde la fuerza bruta no halla presa.

Renacer en medio del abismo

Verde esperanza, que el tiempo confía,
a quien la dulce madurez aguarda,
ya segura de hielo o nieve fría,
dará el sabor y la color postrera;

susurra el viento, la luna reclama,
y en su resplandor mi ser se derrama,
anhelando un mañana que permita
romper los grilletes de esta condena.

Ya el ocaso de esta vida marchita,
ya prisionera de su sombra, el alma
aun en la penumbra, su luz palpita;

así, en su fulgor, la noche suena
una melodía de esperanza y fe,
y donde el alma, libre, renace y ve.

La senda del conocimiento

En el remanso del saber hallado
abraza el universo omnipresente,
donde el conocimiento es su legado,
y el eco del saber, su fiel guarida;

el latido del ser vibra, la pluma
traza en tinta los anhelos, las penas,
enlaza sueños, figuras amenas,
y el arte de vivir, en letras libra.

En versos que la eternidad refleja,
un fanal que esclarece la sapiencia,
cual luz que alumbra sendas olvidadas;

así el saber eterno se desvela,
y la razón de luz eterna adorna,
trasciende en el tiempo, cual bella estela.

Fuego de amor bajo la lluvia

En cada gota, cae un suspiro,
un eco de memorias, dulces penas,
ocultos en la bruma de su giro,
despiertan viejas almas en serenas;

ninguna oscura nube anhela al suelo
la luz del fuego más galán del cielo,
las luces sacras, el augusto día,
que en mi pecho mantiene su porfía.

Así el agua, su corriente, no apaga
el ardor que, en mi ser, su llama traga,
ni el viento que las almas desvanece;

fuego y agua en mi pecho se abrazan,
con su danza de pasión se entrelazan,
y el amor, obstinado, prevalece.

Soliloquio en la soledad

En el yermo silente y apartado,
do los doctos códices me acompañan,
con susurros muy lejanos que entrañan
sapiencia suma en diálogo sagrado;

cual Prometeo al mundo iluminado,
las páginas vetustas me engalanan
con versos que los siglos no profanan,
en este templo al tiempo consagrado.

Minerva acude en alas del misterio,
mientras Apolo tañe desde lejos
su lira entre los muros del criterio;

y en este docto exilio, mis recuerdos
se funden con el tiempo y su pasado,
de antiguos sabios y sus claros surcos.

El inexorable designio del destino

Cual náyade de nácar que fulguras
entre arbóreos doseles cristalinos,
danzas en la brisa, entre ecos divinos,
dibujas tu trazo callado en sombras;

Átropos cruel, en célicas alturas,
luz tan pura, con filos diamantinos
de fulgor cortante, cercena sueños
que ornan estructuras, ya tan oscuras.

Invisible, la deidad del Mercado
en mareas fluctuantes otorga,
dibujando con su sombra el ocaso;

y en este piélago de incierto grado,
do el coralino altar toca la soga,
fenece así el Estado en mar acaso.

Elegía crepuscular de la sublimación espiritual

Cuando el zafiro etéreo, transmutando
la efímera quietud del occidente,
desgrana su esplendor incandescente
en cúspides que yacen expirando;

un ánima silente, bordeando
los límites del piélago inclemente,
asciende por la roca omnipresente,
sus íntimos pesares desgarrando.

Ni el águila en su vuelo alcanzaría
la altura donde el ser, transfigurado,
trasciende la mortal melancolía;

mientras su sino acerbo, transformando
el férreo designio del pasado,
se funde con el véspero menguando.

Espejo del intelecto supremo

Del pensamiento arcano, en su reflejo,
irradia el verbo, cual pléyade interna,
donde la esencia cósmica y eterna
transmuta el ser en límpido bosquejo;

más allá del mortal y añejo espejo,
la luz sapiente que el saber gobierna,
cual flama sideral que nos prosterna,
revela del misterio su cortejo.

En sus ojos, el numen soberano
forja la quintaesencia del destino,
emanando un fulgor ultraterreno;

y en ese abismo, límpido y arcano,
se funde lo mortal con lo divino,
transmutando lo efímero en sereno.